

»hombre de mi edad y de mi clase cómo debe vivir. Sé cómo  
 »se debe tratar á los obispos; son muy diferentes nuestros  
 »ministros, que todo lo mas pueden compararse á los pár-  
 »rocos, puesto que han desechado la dignidad episcopal,  
 »aunque tambien fundada en la Escritura; y creo que ellos  
 »no están en ánimo de arrepentirse de ello. Cuando yo vea á  
 »los príncipes soberanos, á los hijos y á los hermanos de los  
 »reyes hacerse ministros, como veo que se tienen por hon-  
 »rados en ser Obispos, Arzobispos y Cardenales, entonces  
 »veré qué honor se debe dar á los ministros.» (1) Desgra-  
 ciadamente el Mariscal partió el 19 de diciembre para ir  
 en socorro del Duque de Saboya, atacado por los españo-  
 les, no regresando hasta fin de abril, y aun esto fué para  
 entrar en campaña poco despues y no volver hasta el mes  
 de setiembre de 1617; de suerte que interrumpió sus rela-  
 ciones con el santo Obispo, que le hubiera hecho entrar  
 pronto en el gremio de la verdadera Iglesia.

Terminada la mision del Adviento, Francisco volvió al  
 punto á Ancecy; y entre los hechos notables que llevó á  
 cabo entonces, la historia señala tres principales. El pri-  
 mero fué la curacion repentina del prior de Talloires, el  
 padre Claudio de Coëx. Este buen religioso, atacado de  
 una fiebre maligna y pestilente, estaba en peligro de  
 muerte. Francisco va á verle, hace una oracion por él, y  
 el moribundo es restituido al punto á la salud. Otro en-  
 fermo, cuyo nombre la historia no ha conservado, estaba  
 sin conocimiento y ya en la agonía, se lo dicen al santo  
 Obispo, viene á verle y encuentra á toda la familia deshe-  
 cha en llanto; conmovido con esta afliccion tan profunda,  
 hace sobre el enfermo la señal de la cruz, le bendice,  
 anuncia su próximo restablecimiento, y se va á las Vis-  
 peras á la catedral. Apenas terminadas, el enfermo, en  
 efecto, experimentó una mejoría notable, que fué luego  
 seguida de una salud perfecta (2). Algunos dias despues el

(1) *Año Santo de la Visitacion*, 4 de diciembre.  
 (2) De Cambis, t. II, p. 558.

santo prelado, predicando en la iglesia de santo Domingo,  
 distingue entre los oyentes á un caballero calvinista de  
 los mas obstinados; deja al punto el asunto que habia em-  
 pezado, y pasa á una demostracion de la verdad de la reli-  
 gion católica. El caballero escucha con ávidez, se siente  
 convencido y persuadido; y renunciando al punto á sus  
 errores, toma la resolucion de volver al seno de la Iglesia,  
 lo que verificó en efecto poco despues (1).

De esta victoria de la fe, el santo apóstol pasó á otras  
 conquistas; volvió á Grenoble para la Cuaresma que habia  
 prometido. El conocimiento mas perfecto que habia ad-  
 quirido de su auditorio en el Adviento precedente, le hizo  
 pensar que sería útil tratar de la controversia; y desde el  
 miércoles de ceniza manifestó su designio á los oyentes.  
 «Vedme aquí, les dijo, en la cátedra de la verdad, y no  
 »estoy en ella sino para decirla claramente, y la diré sin  
 »temor; nada en el mundo podrá impedírmelo; si no lo  
 »hago, que mi lengua se pegue al paladar, se seque y  
 »permanezca inmóvil en mi boca.» Estas palabras anima-  
 das con el fuego del Espíritu Santo, que estaba en él, dis-  
 pusieron tanto á los calvinistas como á los católicos á con-  
 currir puntualmente á sus sermones, resultando varias con-  
 versiones notables (2). Una de las primeras fué la de un  
 apóstata, Claudio Boucard. Este desgraciado, en otro tiem-  
 po profesor de filosofía y teología, religioso y sacerdote,  
 habia pasado al calvinismo contra su conciencia, sin otro  
 motivo que el de satisfacer su pasion, casándose. Movido  
 luego por la gracia y arrepentido de su falta habia, como  
 hemos dicho mas arriba, abjurado el error nueve años an-  
 tes en manos del santo prelado, pero luego, cediendo otra  
 vez á su pasion, habia vuelto á sus antiguos extravíos. En  
 fin, no pudiendo soportar los remordimientos que lo ator-  
 mentaban, fué á Grenoble, donde sabia que predicaba el  
 Obispo de Ginebra; y despues de haberle oido, derraman-

(1) De Cambis, t. II, p. 559.

(2) Carlos Aug., p. 488.

do muchas lágrimas, fué por segunda vez á arrojarle á sus pies y á solicitar su vuelta al aprisco.

Francisco se dejó vencer, recibió su segunda abjuración, le asignó una pensión anual de trescientos cincuenta florines (1), y esta vez al menos tuvo el consuelo de verle perseverar en el buen camino, tanto que tres años despues el nuevo convertido dedicó á su bienhechor una excelente obra que publicó, y en la que declaró que su felicidad en la tierra sería gozar siempre de la presencia de tan santo Obispo, para formarse con el ejemplo de sus virtudes (2).

La conversion del ministro Barbier, uno de los mas sabios de su secta, no hizo menos ruido que la de Claudio Boucard (3). Admirado de la solidez de los razonamientos del Obispo de Ginebra, y no encontrando en el calvinismo la satisfaccion para su espíritu, ni esas convicciones profundas que hacen reposar el alma con la esperanza de la felicidad eterna, abjuró públicamente la herejía y recibió la absolucion de manos del santo prelado, despues de lo cual, queriendo dar cuenta de su conducta al público, escribió varias obras notables contra la doctrina de Calvino. Otros herejes imitaron el ejemplo del ministro; acudian en multitud á los sermones del apóstol, arrastrados menos aún por la reputacion de su elocuencia que por su admirable santidad, que atraia todas las miradas á pesar del cuidado que ponía en ocultarla; y nadie salía nunca sin sentir las impresiones de la gracia que Dios parecia haber unido á sus discursos.

Habiéndole oído un día predicar dos caballeros de la primera nobleza sobre estas palabras del Eclesiastes: *Vanidad de vanidades y todo es vanidad*, quedaron tan movidos de la unción llena de fortaleza con que hizo resaltar las preeminencias de las riquezas espirituales sobre todos

(1) Es decir, ciento cuarenta y un francos.

(2) Dep. del Can. Gard.—Carlos Aug., p. 489.

(3) Carlos Aug., p. 494.

los bienes del mundo, que se convirtieron enteramente y observaron hasta la muerte una vida muy edificante.

Tanto era el interés que inspiraban las predicaciones de Francisco que, para no perder nada de ellas, había varios que las escribían mientras hablaba, y los mas sabios no podían contener su admiración. «Qué hombre este, esclamó uno ante todo el pueblo, que espone con tanta claridad los puntos mas difíciles de la Teología, y hace comprender á los entendimientos mas humildes las cosas mas abstractas.—No es maravilla, decía otro, que produzca tanto fruto, porque une la santidad á la doctrina, entendiendo muy bien todo lo que dice y practicándolo mejor todavía.» (1)

El santo Obispo predicaba así todos los días, y apenas encontraba tiempo para preparar sus discursos; porque acudían de todas partes á consultarle como á un oráculo del Espíritu Santo, y á cualquier hora que cualquiera se dirigiese á él, por ocupado que estuviese, le recibía con una gracia perfecta, pareciendo siempre no tener otra cosa que hacer que escuchar á los que querían hablarle, y no dejando entrever nunca que le eran molestos. Confesaba á todos los que se le presentaban, devolvía las visitas cuando lo creía útil, é iba á los monasterios á predicar la perfección religiosa.

Un ministerio tan activo y fecundo sembró la desolación entre los ministros del error, y uno de ellos imaginó, para impedir á los suyos que fuesen á oír el sermón, dar su predicación á la misma hora; pero el único resultado que obtuvo con esta determinación, fue la ausencia de su auditorio. Entonces, no pudiendo dominar su furor, hizo correr por toda la ciudad el rumor de que quería tener una conferencia pública con el Obispo. Este se alegró estremadamente de ello, y habiendo ido á decirle uno de sus amigos que este ministro era de una insolencia increíble, y que había peligro para la dignidad episcopal en esponerse

(1) Carlos Aug., p. 493.

á sus vejaciones: «Tanto mejor, contestó Francisco; he ahí justamente lo que necesitamos.—Pero os trataré indignamente, le replicó aquel.—Tanto mejor aún, eso es lo que yo pido. ¡Oh! cuánta gloria sacará Dios de mi confusión.—Pero, le contestó, no conviene esponer vuestro carácter al oprobio.—Jesucristo ha sufrido mucho mas; espero que Dios me hará la gracia de sufrir mas injurias de las que puede decirme, y si somos grandemente humillados, Dios será magníficamente exaltado (1). Vereis qué cúmulo de conversiones, pues la práctica de Dios es sacar su honor de nuestra ignorancia.» Desgraciadamente esta conferencia no tuvo lugar, pues fue impedida por los calvinistas, á quienes espantaba la superioridad del atleta católico, y todas las baladronadas del ministro se disiparon como el humo (2).

Después de haber trabajado en la santificación de los demás, Francisco, para satisfacer á su devoción particular, fue á la iglesia de los padres Mínimos el segundo día de abril, para venerar el manto de San Francisco de Paula, que se conservaba en este monasterio. Mientras estaba en oración ante la santa reliquia, el pueblo, deseoso de verla lo mas cerca posible, se acercó en tumulto al rededor suyo, pisando sus vestidos y sus pies, apoyándose otros en sus hombros, empujándole y atropellándole de la manera mas descortés; pero fue tanta en medio de este tropel su paciencia, su paz, su union con Dios, que no dijo una palabra, ni hizo un movimiento ni un gesto para detener esta irrupción popular; únicamente ocupado en lo que hacia, continuó su oración en una actitud de respeto profundo, inmóvil como una estatua, y recibió luego de mano de uno de los religiosos el gran cordon de la orden y la patente de hermandad. Al salir de la iglesia, los religiosos quisieron presentarle sus excusas por lo que habia ocurrido: «¿No es preciso, con-

(1) *Año Santo de la Visitación*, 17 de febrero.

(2) *Espíritu de San Francisco de Sales*.

»testó, que todos satisfagan su devoción? Puedo aseguraros que no me he ocupado mucho de los que estaban á mi alrededor, y solo he pensado en San Francisco de Paula, que me daba él mismo espiritualmente su cordon y hermandad, y me obligaba con lazos interiores y exteriores á considerar á todos los mínimos como á hermanos míos.» (1) Desde este tiempo, en efecto, repetía fielmente á los religiosos mínimos, siempre que los encontraba, que era su hermano y verdaderamente mínimo en todo.

Habiendo el santo Obispo terminado su misión, partió al punto para Annecy, donde llegó para la tercera fiesta de Pascua; y allí, preguntándole por qué habia dejado tan prontamente, sin tomar un momento de reposo, una ciudad donde habia sido tan honrado y estimado: «Es, contestó, porque en las grandes ciudades y entre los grandes hombres no estoy en mi elemento; me encuentro allí como una estatua fuera de su nicho, sirviendo de estorbo y siendo un obstáculo.» Amaba mucho á Annecy, y sobre todo su habitación, mas que todas las ciudades y palacios del mundo (2).

En esta querida soledad era donde oraba sin cesar por la paz de los estados, la concordia de los príncipes cristianos y el bien de toda la Iglesia. Allí era donde, uniéndose con Dios, gozaba de un gusto anticipado de la gloria, y se animaba al fervor con el ejemplo de tantas santas comunidades á que se habia agregado; en Annecy, en fin, ó en sus alrededores estaban las tres iglesias amadas de su corazón, de Santo Domingo, de la Visitación y de Thorens, como nos lo da á entender en un diálogo de una sencillez encantadora con el padre Blanc, religioso dominico. El santo Obispo habia predicado maravillosamente sobre la fe en la iglesia de Santo Domingo. «Monseñor, le dijo el padre Blanc al salir de la iglesia, nunca os he oído hablar tan bien de nuestra santa fe como hoy.—Amigo mio,

(1) *Año Santo de la Visitación*, 2 de abril.

(2) *Carlos Aug.*, p. 496.

»contestó el Obispo, es que me he acordado que en vuestra iglesia he sido confirmado en la fe, y eso me ha inspirado.—Monseñor, le dijo el religioso, estais siempre lleno de bondad hácia nuestra iglesia.—Padre Blanc, contestó el Obispo, no me debeis reconocimiento; no hago mas que mi deber y seguir mi inclinacion cuando favorezco vuestra iglesia; amo verdaderamente á todas las iglesias de mi diócesis, pero amo á tres de ellas muy especialmente: la de Thorens, donde he sido bautizado y mas tarde consagrado Obispo; la vuestra, donde he sido confirmado; y la de la Visitacion, donde seré enterrado.—¡Qué! Monseñor, exclamó el Padre Blanc cayendo de rodillas, ¿quereis privarnos de vuestro cuerpo, y hacer este agravio á nuestra iglesia, que desde hace tantos años posee las tumbas de vuestros antepasados nuestros bienhechores?—Verdaderamente, dijo el santo prelado sonriéndose, he hablado demasiado diciéndoos eso; no obstante, deseo que todos sepan que ni en la vida ni en la muerte soy ni quiero ser del mundo: conviene que despues de mi muerte mi pobre cuerpo sea enterrado en un rincon de la pobre iglesia de la Visitacion; yo la he consagrado, y nuestras hermanas tendrán cuidado de rogar á Dios por mí.» (1)

Su primer cuidado á su llegada á Annecy, fué escribir á Paulo V en favor del Señor de Prilly, caballero del país de Vaud. Este señor, convertido por él en 1608, había sido obligado por los herejes á espatriarse y separarse de su mujer y de sus hijos, obstinadamente adictos al error. En una situacion tan crítica fué á buscar al santo Obispo, y á decirle el designio en que estaba de refugiarse en Roma. Francisco, no contento con acogerle con toda la caridad que habia en su corazon y darle todos los consuelos de la religion, quiso recomendarle al Soberano Pontífice, lo que hizo en la carta siguiente. «Santísimo Pa-

(1) Dep. de la Madre Chaugy.—Año de la Visitacion, 4 de agosto.

»dre (1), aunque la Sede Apostólica basta, por el brillo de su majestad, para atraer á Roma á todos los cristianos del universo, Vuestra Santidad tiene un misterioso atractivo como el del iman, que atrae suavemente los corazones de los que, por la gracia de Dios, han pasado de las tinieblas del error á la sumision de vuestra autoridad paternal. De este número es el ilustre peregrino que tiene el honor de presentarse á vos. Me ha pedido una carta de recomendacion, en la que diese testimonio de su fe y religion, y se la he concedido gustoso; no hacerlo, sería faltar á mi deber, sería rehusar hacer justicia á su virtud. En efecto, Santísimo Padre, este escelente señor se ha hecho tanto mas recomendable, cuanto que siendo de una noble familia, ha tenido el valor de renunciar al rango y dignidades que su nacimiento le autorizaban á pretender, y perder la reputacion para con los suyos, queriendo mejor vivir desconocido en la casa de Dios que habitar entre los pecadores. Testigo hace nueve años de la constancia de su fe y de su piedad, le recomiendo muy humildemente á Vuestra Beatitud.»

El dulce reposo de que gozaba el santo Obispo en su querido Annecy, no tardó en ser mezclado de la mas cruel amargura. Tenia en los ejércitos del Duque de Saboya á su hermano el Baron de Thorens, que era uno de los mas valientes oficiales; y una fiebre pestilente le arrebató en pocos dias (2). No es facil decir el dolor de Francisco cuando lo supo. En el primer momento no pudo contener sus lágrimas y las dejó correr abundantemente, pero bien pronto, levantando los ojos y las manos al cielo, se unió á la voluntad de Dios, repitiendo aquellas bellas palabras de nuestros sagrados libros: «Sí, Padre Eterno, lo quiero con todo mi corazon, puesto que os ha agradado que fuese así. *Ita, Pater, quoniam sic fuit placitum ante te* (3). Me

(1) Carta CCCLXXIII.

(2) Carlos Aug., p. 494.

(3) Matth. XI, 26.

»someto sin murmurar ni quejarme, porque este golpe  
 »viene de vos. *Obmutui, et non aperui os meum, quoniam*  
 »*tu fecisti.* ¡Que el nombre de Dios sea bendito! sus de-  
 »cretos son incomprensibles y sus caminos nos estan  
 »ocultos (1). *Sit nomen Domini benedictum. Incomprehen-*  
 »*sibilia sunt judicia ejus et investigabiles viae ejus.*» (2)

Para comprender el heroismo de esta resignacion, es necesario leer las cartas que escribió con este motivo. «He llorado mucho, decia á una de sus hermanas (3), porque amaba tiernamente á este hermano, y no he podido dejar de sentir vivamente el dolor que inspira la naturaleza; pero ahora que sé cuán piadosamente ha muerto en los brazos de los religiosos Barnabitas, estoy consolado y me digo á mí mismo: Dios sea bendito por siempre por haberle acogido en el seno de los bienaventurados, y retirado de una profesion donde hay tantos peligros de perderse. Todo lo que Dios hace está bien hecho.....» «Es como un sueño para mí, escribe á otro pariente (4), cuando pienso que este pobre hermano ha muerto apenas llegó á Turin; en medio de las angustias que esta desgracia me causa esclamo: ¡Cuando Dios lo ha querido, sin duda es lo mejor; que su nombre sea bendito, y sus decretos adorados por siempre!»

Pero habia aún otro motivo de afliccion para el corazón del santo Obispo, y era el dolor profundo que iban á experimentar la Madre de Chantal y la Baronesa de Thorens cuando supieran esta lamentable noticia. Creyó deber ir él mismo á anunciársela, y lo hizo dos horas solo despues de haberlo sabido, temiendo ser precedido por alguna lengua indiscreta. Para llenar esta piadosa mision, empezó por recordar á la baronesa el piadoso designio que ella y su marido habian concebido de entrar en religion cuando el uno ó el otro muriese, y añadió luego con una voz en-

(1) Salm. LXXI.

(2) Rom. XI, 33.

(3) Carta CCCLXXX.

(4) Carta CCCLXXXII.

trecortada por los sollozos y las lágrimas: «Lo que no era  
 »mas que una simple proposicion cuando la partida de  
 »vuestro esposo, es ahora un firme propósito. El ha encontrado lo que su corazón desea; solo depende de vos ahora ejecutar vuestro piadoso designio.—¡Ay, padre mio, padre mio! exclamó á estas palabras la Baronesa, os comprendo, mi marido ha muerto! y cayó desmayada. Luego, volviendo en sí: ¡Oh, Dios mio, dijo, ahora soy toda para vos solo!» Habiendo entonces la Madre de Chantal acudido al ruido: «¡Ah, madre mia, exclamó la Baronesa así que la vió, Monseñor acaba de decirme que el señor de Thorens ha muerto.»

Al oír esta noticia, la madre cae tambien desmayada. Puede juzgarse de la angustia del santo Obispo en presencia de dos personas tan amadas, abismadas en el dolor hasta el punto de perder el conocimiento. Cuando le hubieron recobrado, les habló de la resignacion cristiana con tanta fortaleza y unción, que enjugó por algun tiempo sus lágrimas; pero bien pronto la naturaleza volvió á sobreponerse, especialmente en la jóven Baronesa. En adelante no se consideró mas que como la viuda desolada que describe San Pablo, cuya única ocupacion es gemir, llorar y orar. Su conversacion, antes tan graciosa y alegre, se convirtió en un triste silencio; una palidez mortal cubrió su rostro; y en medio de su dolor, tan pronto exclamaba: «¡Oh, mi querido esposo, dulzura de mi vida, tú no existes; ya no podré ni verte ni oírte, ni decirte mis penas, ni consolarte en las tuyas!» Otras veces, levantando al cielo sus trémulas manos con sus ojos anegados en lágrimas: «Señor, decia, ahora puedo serviros sin division; solo estoy unida al mundo por esta pequeña criatura que habeis formado en mi seno; dadle el nacimiento y el bautismo, y luego disponed de la madre y del hijo segun vuestra voluntad.»

Este espectáculo afligia profundamente al santo Obispo, y sin embargo esto no era mas que el principio de sus angustias. A pesar de los esfuerzos que hizo la Baronesa para vencer su dolor, fué vencida por él, y cinco meses